

***Harry Potter and the Deathly Hallows*, de J. K. Rowling.**

London: Bloomsbury, 2007; 607 pp.; ISBN: 978-0-7475-9105-4.

La última entrega de Harry Potter cumple con las expectativas mejor, mucho mejor, de lo que algunos esperábamos.

A punto de cumplir diecisiete años, Harry debe abandonar para siempre la casa de los Dursley. Después de una complicada maniobra de distracción en la que seis dobles suyos intentan despistar a los seguidores de Voldemort, llega sano y salvo a la vivienda de los Weasley. Junto con Ron y Hermione también debe salir huyendo de allí, cuando está celebrándose una boda, para emprender la misión que le había encomendado Dumbledore: encontrar y destruir los Horcruxes. Con ese fin organizan un plan para entrar en el ministerio de Magia; van a Godric's Hollow, el pueblo donde vivieron Dumbledore y los padres de Harry; de forma curiosa encuentran la espada del fundador de Griffindor en un lago helado, en medio de un bosque; acuden a la extravagante casa de Luna Lovegood, donde averiguan qué son los Deathly Hallows; son capturados y llevados a la casa de los Malfoy pero escapan; luego entran en las cámaras de Gringotts... Todo conduce a una gran batalla en Hogwarts y a un enfrentamiento final doble con Voldemort. Poco a poco, se van recomponiendo los sucesos del pasado y se aclaran los misterios: el origen de la particular unión mental de Harry con Voldemort, el papel que juega Snape, las razones y los pasos en falso de Dumbledore...

Como era de suponer, en este libro todo está orientado a ir respondiendo a las preguntas que habían quedado en el aire.

No hay en él elementos o personajes nuevos que sean dominantes y, como en las demás novelas, la autora usa la misma estrategia narrativa de dosificar la información cuidadosamente.

Esta vez las novedades se han de buscar en las situaciones, como la boda entre Bill Weasley y Fleur Delacourt, en algunos encantamientos, como la sensacional capacidad del pequeño bolso de Hermione gracias al «Undetectable Extension Charm», en la fuerte personalidad de algunos secundarios como Griphook, un goblin con un carácter resentido y malhumorado como el de los enanos de Tolkien.

Sí se puede considerar una variante pequeña el valor revelador que adquiere un cuento de hadas en la historia, tal vez otra deuda con las *Crónicas de Narnia*.

Como corresponde a un argumento de persecución, hay menos lugar para la broma y más situaciones de tensión: escenas de acción con salvaciones en el último momento; luchas interiores de Harry en torno a

qué debe hacer y qué no; peleas dialécticas con intercambio de reproches y arrepentimientos posteriores.

Queda de relieve el talento de Rowling para construir una trama intrincada que no se le va de las manos —se ve que sabía bien lo que hacía desde los comienzos—, y que resulta convincente para el lector interesado —todo tiene lógica interna e incluso son aceptables las opciones por caminos más cómodos—.

Algunas sorpresas y giros resultan inesperados, también para quienes estamos familiarizado con este tipo de relatos y, aunque resulten un tanto artificiales, están bien resueltos tanto el duelo último entre Voldemort y Harry como el tranquilizador desenlace.

En cuanto a los contenidos, a lo largo del relato se subrayan algunas ideas ya conocidas.

En lo que tiene de novela de pandilla, la importancia de una amistad leal, de combatir los celos y las rivalidades egoístas, de comprender a los demás y saber rectificar.

En lo que tiene de novela colegial, sobre todo se destaca que los chicos piden a sus educadores que sean coherentes y que les cuenten la verdad: buena parte de los conflictos interiores de Harry se centran en esto.

En lo que tiene de novela de aventuras, se carga el acento en la responsabilidad del héroe y en que la inconsciencia propia de la edad no es un argumento para justificar algunas elecciones morales: a Harry le molesta que se intente justificar a un adulto que se comportó mal cuando era joven..., como él lo es ahora.

En la misma línea, se defiende la necesidad de rebelarse públicamente ante la injusticia también porque eso aumenta la esperanza en quienes ven las acciones valientes: cuando Harry y Ron llegan a Hogwarts y Neville les explica el origen de varias marcas en la cara, castigos debidos a que replicó comentarios injustos de sus profesores, Ron le dice que podía haberse callado, y entonces Neville comenta: «El asunto es que a la gente le ayuda ver que te enfrentas a ellos, eso les da esperanza. Me di cuenta de eso cuando te vi a ti hacerlo, Harry» [«The thing is, it helps when people stand up to them, it gives everyone hope. I used to notice that when you did it, Harry»].

Como todo el conflicto está centrado en el deseo de Voldemort y sus secuaces de imponer la «pureza de sangre», se repite la necesidad de pelear por todos: en un programa de radio de quienes luchan contra el poder de Voldemort el locutor afirma que «Cada vida humana vale lo mismo y merece ser salvada» [«Every human life is worth the same, and worth saving»]; cuando el hermano de Dumbledore dice a Harry que se olvide de todo y que se ponga a salvo él, Harry le responde que «a veces,

no puedes pensar sólo en tu propia seguridad» [«sometimes you've got to think about more than your own safety!»].

De todos modos, el tema central de esta historia es la muerte, como ya el título sugiere, y el poder salvador del amor. Cuando, en la tumba de sus padres, Harry lee la inscripción «El último enemigo que será destruido es la muerte», manifiesta su sorpresa y Hermione le aclara que eso no significa derrotar la muerte tal como lo entienden los Death Eaters sino que «eso significa... vivir más allá de la muerte, vivir después de la muerte» [«it means ... you know ... living beyond death. Living after death»].

Más tarde, a Harry le queda claro que se ha de aceptar la muerte y que «hay cosas que son mucho, mucho peores en el mundo que morir» [«that there are far, far worse things in the living world than dying»]. Y, más adelante, recibe otro consejo en esa dirección: «no tengas compasión de los muertos, Harry, ten compasión de los vivos y, sobre todo, de los que viven sin amor» [«do not pity the dead, Harry. Pity the living, and above all, those who living without love»].

En otro momento anterior, cae en la cuenta de que el dolor también es otra cara del amor pues, cuando está sufriendo por la muerte de quien le acaba de salvar la vida, se da cuenta de que, en esos momentos, la conexión mental con Voldemort que tanto le atormenta, se desvanece: «Parecía que la pena hacía desaparecer a Voldemort... aunque Dumbledore, naturalmente, habría dicho que era el amor» [«Grief, it seemed, drove Valdemort out ... though Dumbledore, of course, would have said that it was love...»].

También cabría resaltar el comentario con el que Harry, aunque respira por la herida, afirma de modo contundente que «los padres nunca deberían dejar a sus hijos, a menos que se vean obligados a hacerlo» [«Parents, said Harry, shoudn't leave their kids unless – unless they've got to»], un hilo conductor de toda la serie que se remata con el dickensiano capítulo último, diecinueve años después.

Se puede apuntar también que, debido a que muchos leerán esta novela con lupa, seguramente adquirirá relevancia la discusión acerca de la figura de Dumbledore.

Se cuentan con detalle sus errores de juventud y sus coqueteos con el deseo de poder, un eco del tema central de *El Señor de los anillos*, y se revelan los aspectos de su conducta que no quedaron claros en anteriores relatos. El personaje se agranda y se redimensiona para establecer de modo indudable su arrepentimiento, su buena intención, su sabiduría y su valentía...

Sin embargo, habrá quienes piensen que sus tácticas son más que discutibles, tanto en sus planteamientos educativos como en sus decisiones de combate contra sus enemigos. Por eso quizá convenga terminar recordando, una vez más, que nos encontramos ante una novela de aventuras y no ante un tratado educativo.

Julio 2007